

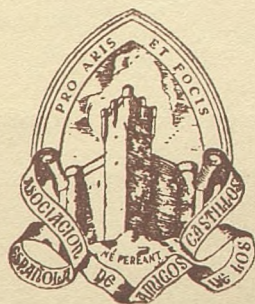
Boletín

de la

Asociación Española

de

Amigos de los Castillos



Año II

n.º 7

BANCO DE VIZCAYA

Fundado en 1901

Casa Central: BILBAO. Gran Vía, 1

Sub-Central: MADRID. Alcalá, 45

Capital escriturado	300.000.000 de ptas.
Desembolsado	286.650.000 de ptas.
Reservas	464.504 500 de ptas.
Capital desembolsado y reservas.	751.154.500 de ptas.

85 SUCURSALES

61 Agencias Urbanas en: Alicante, Baracaldo, Barcelona, Bilbao, Córdoba, Granada, Madrid, San Sebastián, Sevilla, Tarragona, Valencia y Zaragoza.

110 Agencias de pueblos en diferentes provincias

Extensa Red de Corresponsales Nacionales y Extranjeros

SERVICIO DE RELACIONES EXTRANJERAS
especializado en la tramitación de toda clase de operaciones relacionadas con el comercio exterior.

(Aprobado por la Dirección Gral. de Banca y Bolsa con el n.º 1.531)



Murallas del Recinto de Barcelona.

Foto «Revista San Jorge»,
de la Excm. Diputación
Provincial de Barcelona.

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
Editorial	285
El castillo de Guadamur, por D. Valentín Hornillos.	289
Castillo de San Romualdo que fue, por D. Diego Berraquero Miril.....	290
El castillo de Gormaz, por D. J. Gil Montero.....	296
Unas palabras sobre la «castellología», por D. Federico Bordejé.....	299
Excursiones colectivas.....	307
Noticias.....	316
Bibliografía, por D. A. P.....	321
A los señores asociados de la A. E. A. C.....	328

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

AÑO II

OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE

N.º 7

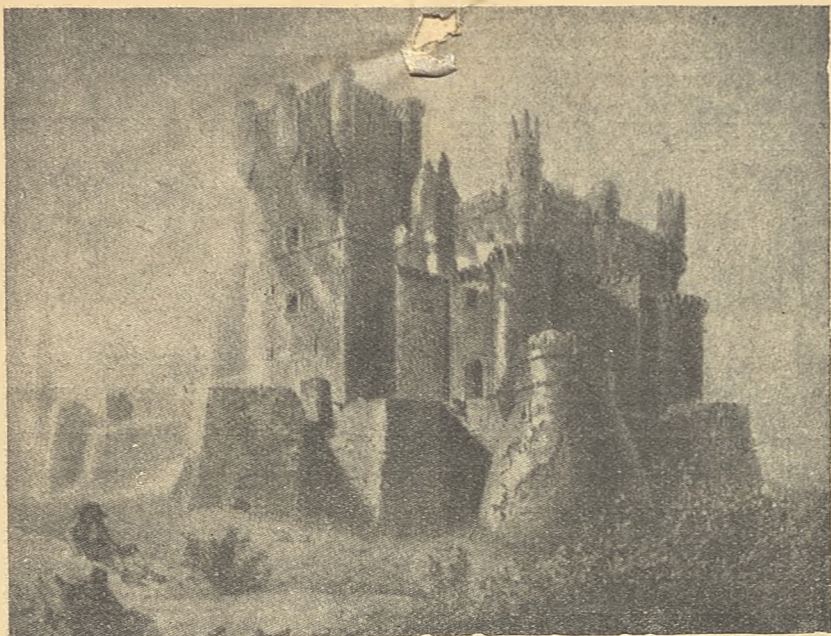
EDITORIAL

Es para nuestra Asociación un motivo de legítimo orgullo ver que la Prensa española no se ha limitado solamente a contestar a nuestro saludo del primer número del Boletín social, cuando surgió a la vida pública, comentando con extraordinaria cortesía la creación de la A. E. A. C., sus características y sus fines, sino que desde que se fundó, uno y otro día, todas las provincias han rivalizado, publicando en sus diarios y revistas reportajes más o menos extensos, pero siempre interesantes, de los Castillos de su demarcación.

Todo ello es muy significativo, pero no es este hecho solamente, sino que las revistas gráficas de más solera y de mejor presentación tipográfica dedican números enteros o referencias extensísimas al mismo tema, ensalzando nuestra patriótica labor, y aun más, solicitando algunas de ellas la colaboración de nuestros más ilustres y competentes asociados.

Cuatro magníficas revistas, como *San Jorge*, de la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona; *Trenes*, de la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles; *Mundo Hispánico* y *Luna y Sol*, las tres últimas de Madrid, han editado, en lo que va de año, números de depurado gusto, constituyendo sus páginas elementos importantísimos para acrecentar aun más el ambiente ya existente en pro de nuestras iniciativas y desvelos.

Dignísimas revistas son éstas para que nos limitemos a escribir un ligero comentario, por cuyo motivo nos ocupamos de ellas en la Sección Bibliográfica, dedicándoles el espacio preciso para ensalzar sus méritos, ya que su perfección las coloca a la altura de las más acreditadas de otros países, estando valoradas por el interés de los escritos de sus ilustres colaboradores.



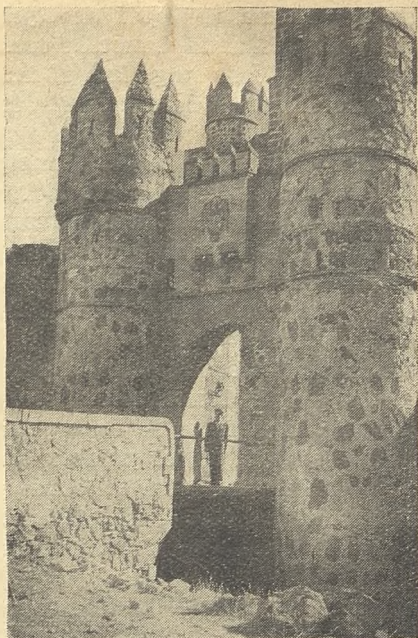
(Según un grabado antiguo.)

EL CASTILLO DE GUADAMUR

(PROVINCIA DE TOLEDO)

Lo mismo en tiempo de moros que durante las Edades Media y Moderna, ha tenido importancia histórica la villa de Guadamur.

En los tiempos árabes, hubo un Castillo baluarte de la imperial ciudad, donde, según la leyenda, se refugió el Rey moro con su hija a la toma de la ciudad por el Rey cristiano; y dice la conseja que Alfonso VI estaba enamorado de la Princesa mora; y una noche, disfrazado de árabe y acompañado de algunos hijos de Mahoma que se prestaron a ello, llegó al Castillo de Guadamur para ver a la Princesa; y cuando estaba ésta asomada a una almena, la sorprendió su padre y la degolló, arrojando su cadáver al pozo del Castillo. Las viejas del pueblo aseguran que ciertas noches del año se oyen todavía los lamentos de la infeliz Princesa...



Puente levadizo y entrada al castillo

El actual Castillo, edificado sobre las ruinas de aquél, es la más fuerte concentración de motivos turísticoarqueológicos que en este estilo hay en España. Es, de la arquitectura medieval, probablemente, la más recia concentración de Europa.

Muchos Castillos hay en España esparcidos por altozanos y colinas, como dominando a sus vasallos y plebeyos; unos en ruinas, otros en buen estado de conservación; pero que tenga mejor el sello característico de los tiempos medievales, dudo haya ninguno como el de Guadamur, con sus robustos muros, su foso y su puente levadizo, sus escarpas y contraescarpas, su ronda de guardia, con sus airosas barbancas; su espaciosa plaza de armas, sus severas y aristocráticas estancias, su hermoso patio interior, con sus artísticos y esbeltos ventanales, y, sobre todo, su altiva y orgullosa torre del homenaje, desde donde se dominan amplios y encantadores panoramas. La vista que desde ella se domina es verdaderamente magnífica. El que una sola vez la haya contemplado no olvidará la sensación obtenida...

La construcción de este famoso Castillo militar data de los últimos tiempos del siglo XIV, allá por el 1370 ó el 1390.

Fue construído por D. Pedro López de Ayala, que después fue el primer Conde de Fuensalida, conocido con el sobrenombre de *el Moro*, para distinguírle de su padre, el ilustre cronista, el historiador de cuatro reinados y Canciller de Castilla del mismo nombre.

Monseñor de Montigny, cronista del Príncipe D. Felipe *el Hermoso*, confirma que, en 11 de julio de 1502, vinieron a este Castillo de los Condes de Fuensalida, D.^a Juana *la Loca* y su esposo, por ver si D. Felipe mejoraba de una enfermedad que padecía; y dice el cronista que, para distraer a los Príncipes, el Conde de Fuensalida y su esposa, D.^a Inés de Rivera, organizaron fiestas de toros y cacerías.

En otras distintas ocasiones, estuvieron en este Castillo la reina D.^a Juana de Aragón, el Cardenal Cisneros y el emperador Carlos I, que a raíz de la muerte de su esposa, la emperatriz Isabel de Portugal, acaecida en el palacio que el Conde de Fuensalida tenía en Toledo, por estar en obras el Alzázar, pasó sus primeros días de luto en este Castillo. En tiempo de Felipe II, parece que también estuvo recluida en él la Princesa de Eboli.

Por enlaces de familia, pasó el Castillo a la casa de Uceda y Frías. Durante las guerras de la Independencia y carlista fue cuartel general de unos y otros, que al abandonarlo lo incendiaron, y en mal estado pasó a ser propiedad de unos particulares del pueblo, personas muy caritativas, que lo utilizaban para recoger pobres.

En este estado se encontraba cuando, por indicación del ilustre cronista de Toledo y su provincia, D. Jerónimo López de Ayala, Conde de Cedillo y descendiente de los de Fuensalida, lo compró a los particulares del pueblo su padre político el sexto Conde del Asalto, en el precio de 3.000 reales, y sin perder un momento comienza su restauración, quedando en poco tiempo, lo mismo interior que exteriormente, reconstruído y amueblado como en sus mejores épocas.

Posteriormente perteneció a su hijo el Marqués de Argüeso, y en la actualidad, al hijo de éste, Marqués de Campoo, que ha tenido que reconstruírlo y amueblarlo nuevamente de los grandes desperfectos y del saqueo causados durante la guerra de Liberación; reuniendo su nuevo dueño en la suntuosa fortaleza una interesante colección de obras de arte, dignas de ser admiradas.

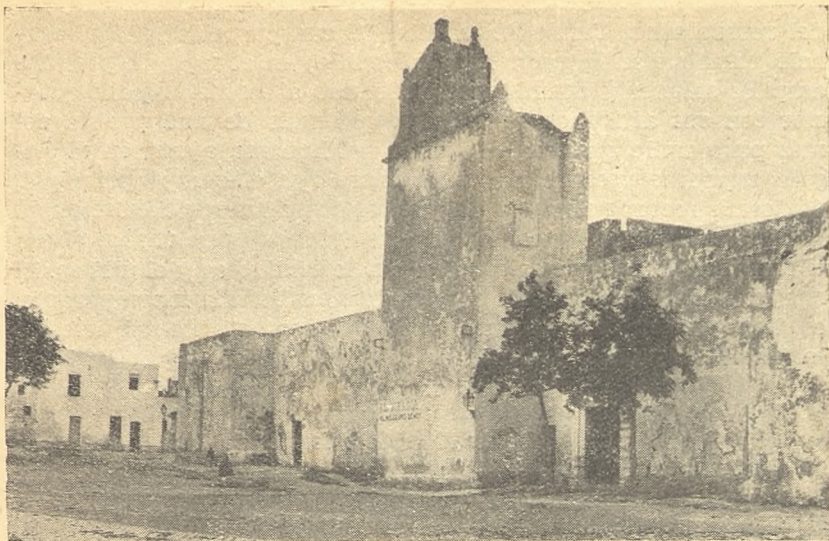
El Castillo es de forma cuadrangular, rodeado de parapeto, de escarpas y contraescarpas, y a manera de barbacas, varias torrecillas defensivas. Un buen foso, con su puente levadizo, da entrada a esta fortaleza, en cuya puerta se encuentra el escudo

del restaurador, Conde del Asalto. El cuerpo principal del edificio contiene en la parte baja la capilla; en el segundo piso, los amplios salones y dormitorios, rodeando al hermoso patio interior con sus artísticos ventanales, coronado de una galería del más puro estilo medieval. La torre del homenaje está en el ángulo izquierdo y es de menor anchura que el cuerpo principal, de forma rectangular, con tres artísticos cilindros o cubillos en la cara más ancha y dos en la más estrecha. Tiene cuatro pisos: el comedor, lo que fue sala de armas, la biblioteca y el último. El conjunto de este Castillo, que es de una belleza incomparable, es digno de ser visitado por todo el que sea amante del arte, de la tradición y de la historia de nuestra patria.

VALENTÍN HORNILLOS

*De la Real Academia de Bellas Artes
y Ciencias Históricas de Toledo*





CASTILLO DE SAN ROMUALDO QUE FUE

Por DIEGO BERRAQUERO MIRIL
Académico de la de San Romualdo (Cádiz)

Verba volant: scripta manent.

INTROITO.

Cuando, pisando el puente de Balbo el Menor, de la familia de aquel que llamaron el Garamántico, se saltan las aguas rizadas y buenas corredoras del Caño de Santi Petri, el de la epopeya frente al Corso, y se sitúa uno en los umbrales de la blanca capital del Departamento Marítimo de Cádiz, mirando a la derecha se puede ver un edificio que perdió sus viejos perfiles: vasto caserón embadurnado de cal que, más que arropar, que más que vestir, ahoga a unas piedras casi milenarias—las que quedan, ¡ay!—, que pugnan por hablar, y que muchas veces lo consiguen, sobre todo cuando el que escucha es un poeta, la noche es clara, sopla leve el levante, rizando el cristal dormido de los tajos y esteros salineros y presidiendo la canción tenue de la marisma que enerva y adormece.

Es el Castillo de San Romualdo..., que fue.

AB ovo.

Como los godos, a los que España debe el concepto de nacionalidad, los árabes vivieron de espalda al mar, aunque para la invasión se mecieran en las aguas del Estrecho, en las que ocupan cinco leguas en medio de los cuatro montes: «dos en España: en el uno, Gibraltar, y en el otro, Tarifa, y dos en Africa: en el uno, Tánger, y en el otro, Ceuta», como escribiera Agustín de Horozco, Almojarife de Aduanas y criado de Felipe II, en su *Discurso de la Fundación y Antigüedades de Cádiz*, alumbrado en el año de gracia de 1591.

«¿Dónde está la mujer?», preguntó el jurista. Y en el caso, en el hecho de la invasión sarracena, viejos cronicones señalan a Florinda la Cava, doncella de la reina Egilona e hija del conde D. Julián, Gobernador de la Mauritania Tingitana; doncella de singular belleza, que enamoró a D. Rodrigo y que es citada por Aben-Adhan, aunque no en los cronicones de Isidoro, de Dulcidio, del Emilense y de D. Alfonso.

Ya antes del 711 de nuestra Era, cárabos, zabras y saetillas surcaban, portando el estandarte con la Media Luna, las aguas del Mito y de los desposorios del mar Tenebroso con el Latino, ante la pasividad, la ignorancia de las cosas de la mar, de un pueblo que, al fraccionarse el Imperio Romano con Honorio y Arcadio, sacudió su servidumbre para establecerse—creando una nación, una unidad política y otra religiosa, con Recaredo—en el vasto cuadrilátero de la Península Ibérica, bañada marítimamente por todas partes menos por la barrera ingente de los Pirineos, que hizo repasar a los árabes Carlos Martel, Duque de Austrasia, hijo de Pepino de Haristal, después de destrozar a orillas del Clain, cerca de Poitiers, a las huestes del Emir de los musulimes, Abderramán, cuyo caballo blanco había despeinado orgulloso sus crines por los campos de la Aquitania.

Tarik-ben-Zeyad, el año 614, para unos; el 711, para otros—cuando la silla de Pedro la ocupaba Constantino Cyro e imperaba Anastasio II—, ha provocado la caída, el derrumbamiento vertical del reino visigodo, a orillas del Guadalete.

Desoyendo las voces furibundas de Muza, ha llegado hasta Toledo, abriéndose un pasillo peligroso hasta la ciudad-corte que ciñe el Tajo en plata y afile; y decimos peligroso, porque exponía los flancos de sus huestes.

La construcción del Castillo de San Romualdo, en el que se llamó Lugar de la Puente, Villa de la Real Isla de León, después, y ahora es ciudad de San Fernando, la remontan algunos cronicones a la época de la dominación árabe.

Al claro sentido de la estrategia guerrera de los árabes no

podía pasarse por alto, sin duda, la importancia defensiva del lugar—rodeado de un foso natural de 20 kilómetros—, cerca del puente de genial concepción y sólida factura, que formó parte de la Vía Augusta, que empezaba en la *Urbs Julia Gaditana* y terminaba en Roma, a orillas del Tiber.

Y la estructura del Castillo—¡ay!, que fue—demuestra su antigüedad, aproximada al milenio.

A NATIVITATE.

Los más viejos grabados que se conservan del Castillo de San Romualdo—y no se sabe cuándo se puso bajo esta advocación—no permiten que podamos apreciar la factura primitiva, aunque sí darnos una idea.

Alzado sobre una planta rectangular de sólidos cimientos, elevó, vigilantemente castrense, robustos torreones en sus cuatro ángulos, y por su amplio, espacioso patio de armas, pasaron muchas generaciones guerreras, que velaron sus armas bajo la plata limpia de la luna andaluza, en vigiliias místico-militares, muchas de las que supieron, sin duda, del soplo del levante que, cuando está en calma o alienta levemente, es el brujo alquimista de la marisma, a la que arranca sus más enervantes perfumes.

Y soñando un poco, buscando con los ojos del espíritu los perdidos siglos sobre los que pasó cuidadosa, con pasos firmes, la Historia, ¿quién «no verá», cabe el amplio patio de armas que fue, armaduras, viejas armaduras magníficamente vestidas que acaso estuvieron con Ordoño II en San Esteban de Gormaz, con Alfonso V en Calatañazor, con el VI en Zalaca, con el VIII en las Navas y con el XI en el Salado; ante los muros de Granada con los Reyes Católicos, en Ceriñola y Gaeta con Gonzalo, en Otumba con Cortés, en Pavía y San Quintín...?

Como arcabuces, mosquetes, picos, partesanas... y el espíritu siempre genial, indómito, bravo, de los que rechazaron hasta el mar al Conde de Essex o detuvieron a las águilas imperiales de Napoleón, marcándoles los límites de la España libre.

Hubo una capilla, adosada al muro por la parte del Este, y que estuvo dedicada a Santa María; pregonando el fervor mariano de una España que llenó el cielo de santos y la tierra de héroes y cubrió el mapa de la tierra de nombres españoles.

QUOD SCRIPSI, SCRIPSI.

Tenían los Reyes, por entonces, una espada por cetro, y por trono, la silla de un corcel. Y alguno, como Fernando III, el hijo de D.^a Berenguela y del noveno Alfonso de Aragón, nacería en

un monte, por colchón una tela sobre hojarasca y un árbol por dosel.

¿Quién es capaz de sujetar el caballo del *Rey Santo*, el que en su estandarte lleva a María?

¡Avante la Reconquista que es Cruzada! Y que hacía falta, porque parecía que las hogueras de Covadonga, de San Juan de y Peña y de Cataluña, la que bordó la *Marca Hispánica*, no eran ya sino rescoldos.

Las finas pezuñas del corcel de Fernando se mojan ya en las aguas que «saben» a guzla y «saben» a guitarra, del Guadalquivir, mientras sus crines las peinan los aires de Sierra Morena y los de la Penibética que muere en el mar.

Y tras la forja por Bonifaz de la Marina castellana—cuyas naves primeras tienen aromas del Cantábrico—, la Reconquista se asoma al Atlántico por Cádiz, el que repuebla Alfonso el Sabio con gentes del Cantábrico, del Santander hidalgo, que es ventana de la vieja Castilla al mar, que es también de los vascos.

Ya tiene nueva guarnición, y veterana, el Castillo de San Romualdo; una guarnición que avizora desde los cuatro torreones de la ingente fortaleza el Sur, porque todavía alienta en Calpe el mahometano y en Tarifa no ha arrojado aún su puñal Guzmán.

* * *

Sobre la sangre fratricida derramada en Montiel—un mercenario ni quitaba ni ponía rey, pero ayudaba a su señor—, en los campos que riega el Jabalón, se alza la dinastía castellana de los Trastamaras, y uno de sus monarcas mercederos, Enrique II, cede el Castillo a un D. Gonzalo Díaz de Sevilla, y más tarde, a otro D. Alfonso García Vera, que acaso estuvo con él en la rota de Nájera y en el destierro de Francia.

Pasa más tarde a la Corona y es gobernado por alcaides nombrados por la ciudad de Cádiz, hasta que el año 1408—dos antes de la conquista de Antequera y tres del Compromiso de Caspe—, Juan II, «el que tañía y cantaba e trovaba e danzaba muy bien»; el que muriera de tristeza a poco de rodar en el patíbulo la cabeza de D. Alvaro de Luna, el bastardo del señor de Cañete, hizo donación de la fortaleza isleña a D. Juan Sánchez de Suazo, doctor y de su Consejo del Reino.

Un hijo de éste restauraría el puente romano de su nombre.

* * *

Ya se ha ido, llorando la perdida Granada, Abd-Allah, para ser señor efimero del distrito de Andanax, del valle del Alhaurin y de la mitad de las salinas de Maleha; ya se ha llevado a cabo—¡ah, la habilidad política del Rey aragonés!—la anexión de Navarra con la expulsión de los Albrets.

Ya España es una. Y antes de que se lograra el portentoso acaecido del Descubrimiento, Castilla la de Isabel ha forjado en el espíritu el Imperio, mirando al continente negro; el Imperio que creará en lo material el César Carlos y culminará con su hijo Felipe.

Producida la unidad ibérica tras la rota portuguesa de Alcazarquivir, el *Rey Prudente* no quiso establecer su capitalidad imperial en Lisboa, la del Tajo magnificante en su final. Ha preferido Madrid, que está más cerca de El Escorial, con su panteón que se llenó de cadáveres apenas terminado.

El Castillo de San Romualdo sabe, es teatro de las rivalidades sangrientas de los Ponce de Peón con los Guzmanes. Y si hablaran alto sus piedras hoy profanadas...

Ya Isabel, muerta la pobre María Tudor, ha abandonado la prisión gris que lame un río de aguas turbias. Y frente a la codicia inglesa, Cádiz, primer puerto del Imperio, más mercante que militar, está casi sin defensas.

Así lo encuentra un pirata investido de noble: Roberto Devereux, Conde de Essex.

Es el año 1596. El favorito de la Reina sin feminidades, de la «vieja tan mal formada de cuerpo como de espíritu»; el saqueador con figura de doncel que, caído en desgracia, terminaría su vida bajo el hacha del verdugo en Westminster-Hall, saquea Cádiz, se adentra en tierra, ya manchados de lodo sus calzas y su jubón; pero choca ante los muros sólidos—sólidos todavía los que quedan—del Castillo de San Romualdo.

La guarnición lo rechaza, lo persigue, lo acosa..., y cuando huído a todo velamen—el botín enriquecerá de libros y manuscritos las bibliotecas del *British Museum*, de la catedral de Heresford y de la Universidad rival de la de Cambridge—, la escuadra inglesa, mandada por el digno discípulo de Drake y Norris, llega el de Medina Sidonia, Capitán General del Mar Océano y Costa de Andalucía—¡ah, D. Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz!—, para que de él pudiera mofarse donosamente Cervantes, así:

*Al cabo en Cádiz, con mesura harta,
ido ya el Conde sin ningún recelo,
triumfante entró el gran duque de Medina.*

STATU QUO.

Lloran las piedras que quedan del histórico Castillo, pugnando por romper el sudario de cal que las profana, y en el llanto, que es de hombría, que es viril, hay apagados lamentos llenos de romanceras evocaciones.

¡Que no pudiera llevarlo en estrofas clásicamente medidas Rodrigo Caro, como hizo ante las ruinas de la Itálica!

Yo percibo, yo siento los latidos de tu ser, Castillo de San Romualdo, burlado por los tiempos nuevos, que es burlarse de la Historia. Y asisto a tu agonía digna, de gran señor, contemplando tu patio de armas convertido en otro de plebeya vecindad, con los aledaños sirviendo de cuadras sin corceles piafantes; lleno de voces que no son castellanas; escenario donde se mueven bronceados tratantes y trajineros, duchos en el oficio de engañar...

Y la que fue capilla—adosada al muro que mira a Levante—, en la que se rindió culto a Santa María, convertida en almacén...

Mientras en las noches claras de nuestra baja Andalucía canta, recita, reza la marisma y están rizados los esteros...

Deo volente.

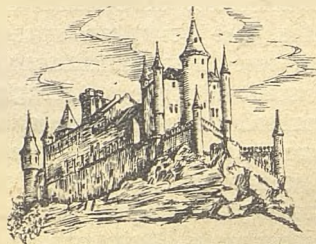




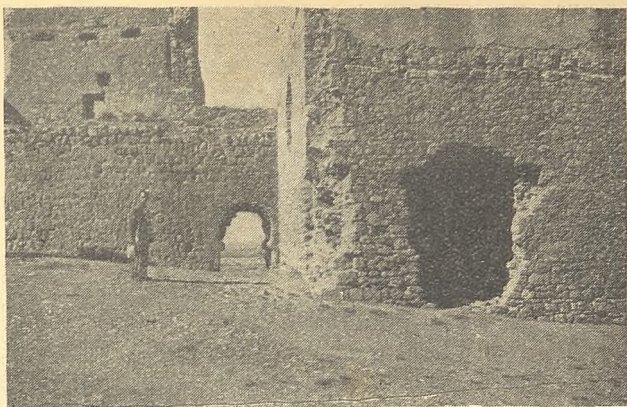
Foto
Gil Montero.

EL CASTILLO DE GORMAZ

POR J. GIL MONTERO

Derruido casi totalmente, el Castillo de Gormaz conserva íntegros los cimientos, que permiten apreciar en conjunto la planta de lo que fue este, hoy, monumento nacional.

Como en todo Castillo roquero, es irregular el perímetro de aquélla, por la necesidad de adaptarse a la configuración del suelo en el cerro de rocas escarpadas que se alza sobre el pueblo minúsculo que dió su nombre a aquella fortaleza musulmana. Le rodea una llanura espléndida, en la que se destacan varios pueblos y, como más cercanos, Quintanas de Gormaz y Recuerda; el Duero—antigua frontera de Castilla y al-Andalus—, joven, estrecho y zigzagueante, cuyas aguas un día se tiñeron intensamente de sangre en la cruenta batalla de San Esteban de Gormaz; los pinares de Berlanga y una asombrosa profusión de parcelas pequeñísimas, que no cede ya desde la llanura hasta muy cerca del Castillo, donde algunos trabajadores abnegados llevaron el arado hasta menos de medio centenar de metros de



Castillo de Gormaz.

Foto J. Gil Montero.

las paredes, trazando surcos torcidos y vacilantes en unas laderas de pendientes inverosímiles.

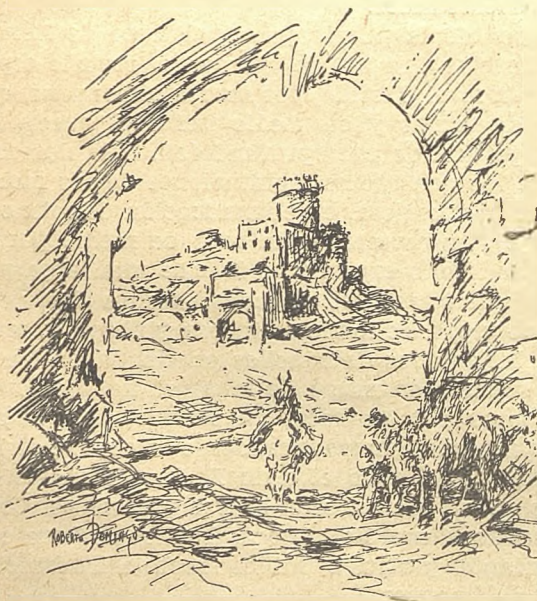
Se conserva el arco de la puerta principal, arco de herradura, de estrechas dovelas. Por allí se entraba al recinto espacioso, cercado, como todo el Castillo, por muros almenados, que debió de ser patio de armas y en medio del cual queda un pequeño estanque o piscina de poca profundidad. A la derecha, restos de paredes de las que fueron habitaciones de los moradores y huéspedes de la fortaleza, en comunicación directa con la torre de homenaje y, atravesando un arco de medio punto, se llega a otro gran recinto o explanada, del que una larga pared separa ruinas de habitaciones de cuyos techos derruidos quedan aún trozos de vigas, de madera nudosa y fibras retorcidas, procedentes de las sabinas de aquellas proximidades. En el centro, dos pozos o aljibes; en mitad de la pared del Mediodía, no muy lejos de la puerta de entrada, un portillo, y en la del Norte, otra puerta con arco de herradura, desde la cual se divisa la llanura que, durante casi todo el siglo X, fue escenario de sangrientas batallas en las que hicieron bravas proezas «el Conde de las manos blancas» Garci Fernández, Gustios de Lara con sus hijos los siete infantes y otros caudillos frente a las huestes de Abderramán III y Almanzor.

Luego la vieja fortaleza decayó. El perfeccionamiento constante de las armas de fuego la hizo ineficaz y, como tantos otros Castillos, fue relegada a medida que se robustecía el poder real,

para el que eran una amenaza como posibles nidos de facciones. El tiempo hizo lo demás. Piedra a piedra se fueron desmoronando y arruinando los muros, pero como la obra era sólida, su resistencia se ha prolongado lo suficiente para ofrecernos, intactas, las líneas generales de lo que era y de cómo era una fortaleza medieval.

REVISTA GEOGRÁFICA ESPAÑOLA

Apartado 3.026 - MADRID



Castillo de Alarcón

La mayoría de los números que editamos están dedicados a nuestros gloriosos Castillos y a la Huella de España en el Mundo.

Se trata de obras que en cualquier librería tendrían un valor muy superior al señalado. El precio de cada edición gira alrededor de las 25 pesetas, y es imposible ofrecer calidad más perfecta dentro de tan exigua cantidad.

A título de propaganda, podemos enviar a usted un ejemplar de muestra de la Revista, en Paquete Reembolso de 10 pesetas, y un detallado Catálogo de nuestras ediciones.

UNAS PALABRAS SOBRE LA "CASTELLOLOGIA"

Desde hace algún tiempo y para referirse a cuanto concierne a los Castillos, se vienen empleando unas singulares palabras, como son «castellología» o «casteología», con sus derivados «casteológico» y «casteólogo». Semejante invención es muy reciente y proviene del Instituto Internacional, en cuyo Congreso de 1951, celebrado en Ragaz-les-Bains, en Suiza, fue ya tímidamente propuesta, si bien ante las objeciones del Delegado de España en la reunión previa del Comité directivo que tuvo lugar en la lujosa Sala de los Abades del «Grand Hotel», tales proposiciones fueron retiradas. Posteriormente, dichas palabras han conseguido una aceptación que inconscientemente tiende a disminuir el alcance y la importancia que verdaderamente tienen y deben tener el estudio y la investigación de los antiguos monumentos militares, los cuales, poseyendo ya una clara y bien honrosa ejecutoria, parecen presentarse ahora como una exclusiva novedad, por virtud de las clasificaciones modernamente establecidas.

La historia de la fortificación, en todos los órdenes y tiempos, desde la antigüedad al siglo XVIII, es una noble y severa ciencia que forma una de las más destacadas ramas de la historia del Arte, en general, y de la Arqueología, en particular. Si las obras defensivas fueron, según está demostrado, la primera arquitectura que el hombre construyó con sus manos, cuna, por tanto, de todo el desarrollo posterior de esas bellas artes, su estudio e investigación han de comprenderse dentro de las actividades de esa clase, esto es, como parte legítima y propia de la historia de la Arquitectura, del mismo modo, con igual derecho y con idéntico y a veces hasta con superior fundamento que la Arquitectura religiosa y civil, de las que, además, en ocasiones, no puede separarse. Como acertadamente indica Hugo Braun en sus estudios sobre los Castillos de Inglaterra, si las catedrales constituyeron la apoteosis de la Arquitectura, los Castillos fueron precisamente los que les dieron y defendieron su vida.

Es verdad que hasta muy recientemente, los eminentes historiadores de las Artes y las altas Escuelas de la Arqueología no se dignaron apenas atender a cuanto se relacionaba con la fortificación, por ellos apenas estimada. Obsesionados por las investigaciones y hallazgos concretamente decisivos en relación

con las actividades artísticas del hombre en las antiguas edades, no cuidaron de ver el gran valor que revestían las grandes construcciones militares, sin las cuales las otras no hubieran podido darse. De ahí los lamentables destrozos efectuados en las excavaciones, en las que se perdieron los más preciados testimonios y vestigios del arte militar. Toda la ciencia del siglo XIX, como, en general, toda la sociedad europea y notablemente la intelectual, fue afectada por unos sentimientos muy poco propicios para cuanto se refiriera a los temas castrenses, y por virtud de tal estado de cosas—o de ideas—, las fortificaciones descubiertas fueron sistemáticamente despreciadas. En el conjunto de la bibliografía arqueológica producida durante el siglo citado y en los primeros tiempos del actual, asombra la escasa contribución puesta en el estudio de las construcciones militares, apenas tenidas en cuenta. Las obras de Schulten sobre Numancia, de Dieulafoy sobre la Acrópolis de Suse, de Fougères y de Chapot para Mantinea o la frontera del Eufrates, los estudios de Cagnat sobre el Africa militar romana y los de Maspero para Egipto, con las investigaciones de Luschan y de Puchstein sobre el arte militar hittita y varios otros, constituyen reales excepciones, y basta ver cualquiera buena colección de manuales de Arqueología, como, por ejemplo, la de Picard, compuesta de nutridos y valiosos volúmenes, redactados por las más altas autoridades, para apercibir la poca atención que merecen las obras fortificadas. Solamente Grenier consagrará un volumen especial a los trabajos militares romanos, y el buen Padre Barrois dedicará a la fortificación bíblica una señalada parte en sus estudios. Pero los demás pasarán demasiado rápidamente sobre la cuestión, sin apenas profundizarla.

Por fortuna, semejante descuido va siendo ya largamente reparado y es de esperar que cada día se aumente el interés por una materia que, de hecho, es capital para el estudio y conocimiento del mundo antiguo. Los descubrimientos de Doura Europos, Korsabad, Sinjerli y Boghaz-Keni, entre tantos otros; las enseñanzas derivadas de las excavaciones de Babilonia y de Nínive; las manifestaciones de los relieves asirios y las continuas y portentosas revelaciones halladas en el Asia Menor han hecho volver los ojos de las Escuelas arqueológicas hacia el valor de la obra fortificadora, base primordial, como decimos, de la vida de las primitivas civilizaciones, que en ella pusieron el sello de sus esfuerzos y sentaron los principios del arte militar, de los que hasta el día somos aún en buena parte tributarios. Los estudios militares, antiguos y clásicos, van recobrando lentamente la solicitud que merecen y les es debida. Se respetan y hasta se consolidan y restauran las ruinas descubiertas. Los textos de los

grandes poliórceas griegas, en tiempos transcritos por Thevenot y por Wescher y apenas traducidos por Rochas d'Aiglun, así como las obras de Procopio, comienzan a divulgarse, luego de un largo oscurecimiento. Y los nombres de las más altas cimas de la Arqueología—Blanchet, Franz Cumont, Poidebart, Jaussen, Savignac, Mesnil du Buisson, Richmond y muchos otros—suscriben ya en sus producciones el interés y la importancia de la fortificación. A los cuatro mil quinientos años que aproximadamente nos separan de ellas, el «plano» y la «regla» de las estatuas del Rey Gudea de Sumeria recobran por fin su verdadero simbolismo, al comprender que todas las actividades concedidas al celebrado «Rey arquitecto» tuvieron como empresa la obra de arquitectura militar que el plano representá.

En lo referente al arte militar exclusivamente medieval, ha venido sucediendo lo mismo. Si particularmente tuvo eminentes cultivadores en algunos países, es lo cierto que, también generalmente, el estudio de la fortificación fue largamente descuidado. La obra ingente de Caumont y de Viollet-le-Duc en Francia, los primeros en conceder a la arquitectura militar sus exactas proporciones; de Bodo Ebhardt en Alemania e Italia, la de Clark en Inglaterra, etc., apenas si tuvieron seguidores, salvo en pequeñas y muy singulares monografías, consagradas a determinados monumentos, en las que casi siempre el interés exclusivamente histórico pedominaba ante el valor constructivo. Hasta el siglo XX, la arquitectura militar, como ciencia y como arte, yacía en un completo olvido, pues si en el XIX hubo algunos historiadores de la fortificación, como Promis, Rocchi, Zastrow, Blesson, Delair, etc., todos ellos de profesión militar, atendieron preferentemente a la evolución de la fortificación abaluartada, no consagrando a la antigua más que ligeras y casi siempre muy limitadas y desvirtuadas referencias. En el siglo XIX se escribió mucho sobre los Castillos. Pero con muy contadas, aunque a veces excelentes excepciones, la mayoría de esos escritos se impregnaban de matices de un cierto carácter político, como era en lo referente al feudalismo, cuando no eran obras de alta fantasía, de las cuales el libro español de Bisso, lleno de pintorescas falsedades, hasta en sus grabados, puede mostrarse como ejemplo.

Felizmente, aquí hubo también la necesaria reacción y desde hace unos años la bibliografía sobre la arquitectura militar va alcanzando cada día textos ejemplares y positivos. Los estudios de las fortificaciones orientales, cuna de todas las europeas, de los cuales apenas existían la conocida obra de Rey sobre los Castillos francos de Siria, la de Van Millingen sobre Constantinopla y las referencias de Choisy, que fue el primero en descu-

brir en los recintos de Nicea y de Stamboul, unas modalidades hasta allí inadvertidas, cuya aplicación será luego la gloria de la fortificación árabe-española, han sumado ya los nombres de Albert Gabriel, historiador de los recintos de Rodas y de los Castillos del Bósforo; de Lawrence, cuyos estudios sobre la arquitectura militar de Palestina despertaron acaso en él la vocación del desierto; de Sauvaget, investigador de las ciudadelas de Alepo y de Damasco, y, entre otros muchísimos y prestigiosos autores, de Paul Deschamps, cuyos libros sobre los mismos Castillos francos no se han terminado aún de publicar. A ellos habría que sumar también la serie de tratadistas del arte bizantino y musulmán, que desde Diehl hasta Henri Terrasse, Marçais y Ricart, sin olvidar en España a autoridades tan competentes como D. Leopoldo Torres Balbás y D. Félix Hernández, abordan ya en sus publicaciones la evolución de las construcciones militares.

La fortificación clásica alcanzará la misma atención, según demuestran las detenidas obras de Homo, Richmond y Gösta Safflund para los recintos de Roma y los trabajos del Padre Poidebard para el «limes» fronterizo de Siria, en tanto que el estudio de las líneas y campos del Rhin y de Inglaterra serán objeto de minuciosas investigaciones, cuyos títulos pueden llenar algunas páginas. Los grandes historiadores generales de la Arquitectura, a comenzar por el citado Choisy, Mâle, Bevan, Enlart, etc., consagrarán ya páginas o tratados exclusivos a la militar, cuya importancia reconocerán. Finalmente, se escribirán otras historias especiales de la misma arquitectura, con otra larga serie de estudios que, desde Hamilton Thompson, Oman, Schuschhardt y Poeschel, hasta las últimas producciones de Sydney Top, darán un extraordinario relieve al tema de la fortificación.

Sin ningún alarde de vana erudición, que por nuestra parte sería impropio y hasta absurdo, nos hemos permitido citar esa serie de nombres y de datos, rápidamente escogidos, entre los que, naturalmente, hay numerosas y muy valiosas omisiones, para demostrar la importancia que, lenta, pero seguramente, van alcanzando las actividades de ese orden. La historia de la fortificación antigua y medieval, esto es, de la fortificación que podríamos llamar arqueológica, pues que la abaluartada y moderna han permanecido dentro de un cuadro rigurosamente profesional, había sido hasta aquí abandonada y como desdeñada por las grandes figuras de la investigación y de la erudición académicas. Pero los descubrimientos modernos van haciendo ver los daños cometidos por semejante dejación, ya que el móvil e impulso de la mayor parte de los hechos históricos

tuvieron por fundamento la acción militar y sus necesidades defensivas y poliorcéticas. Y todos los anhelos y esfuerzos de quienes sienten el cariño hacia los viejos monumentos castrenses han de ir encaminados a conseguir y alcanzar para ellos la atención e interés de las más altas autoridades.

En todos los autores que citamos y en las numerosas obras que están a nuestro alcance, los estudios a que aludimos son siempre denominados, *sin la menor excepción*, con las palabras de *Arquitectura Militar* o simplemente de *Fortificación*, salvo los consagrados especialmente a determinados «Castillos». Con ello se reconoce que dichos estudios forman parte, con todo derecho, del Arte general, del cual, insistimos, son una de las ramas más importantes, ya que sin la arquitectura militar, es muy posible que las otras no hubieran existido. Por ello, no cabe ahora rebajarlos, al pretender inventar unas simples frases que borrarían tan brillante y copiosa ejecutoria y reducirían su alcance. La arquitectura militar es seguramente la primera actividad y la primera manifestación constructiva del hombre. Tiene, como se ve, honrosos y destacados antecedentes. No se puede, pues, alterar su significación y contenido, como si se tratara de una ciencia nueva y sin precedentes, porque eso parecería demostrar—y desgraciadamente hay mucho de ello—que su estudio y aplicaciones son cosa menor, propia de aficionados, más o menos románticos. Designar a la arquitectura militar, verdadera ciencia y arte, con las palabras de «castellología», «casteológico» y «casteólogo» es lo mismo que si a quienes estudian la Arquitectura religiosa se les llamara «catedraólogos» o «iglesiaólogos» y se denominara a aquéllas con los pintorescos nombres de «catedraología» o «iglesiología», y puestos ya en este paso, cabría asimismo inventar otra serie de motes o apodos para varias otras nobles manifestaciones.

Pero, además dicha palabra de «castellología» es absolutamente impropia y deficiente. Solamente algunos y muy determinados países podrían quizá admitirla. Son aquellos en donde los castillos, ordinariamente pequeños y de escasa extensión, constituyen la única manifestación del Arte monumental militar y apenas poseen las verdaderas condiciones de recias fortalezas. Porque la distancia entre ambas designaciones—castillo y fortaleza—que los franceses actualmente determinan bastante exactamente con sus distinciones entre el *château* simple y el *château-fort*, es una distancia patente y exacta, ante los usos corrientes del día, y no se ve bien cómo podría darse el simple nombre de castillo a esas vastas construcciones que suponen la Alhambra de Granada, las Alcazabas de Málaga y de Almería, las grandes ciudadelas de Ankara, Damasco, Alepo o El Cairo,

el Partenón de Atenas, los «Kremlin» de Moscou y de Odessa. los grandes «fuertes» indios de Agra y de Gwalior y hasta las mismas edificaciones de Mariemburg, la Wartburg, Salzburgo y otras, que son todas auténticas y verdaderas acrópolis fortificadas y, por lo tanto, miembros destacados y eficientes de la «Arquitectura militar».

Mas el defecto principal de la palabra reside aún en el hecho de que no obstante ser el castillo el exponente común y ciertamente glorioso del Arte castramental, que por sus especiales condiciones parece sintetizar, en efecto, todo su significado, existen, sin embargo, muchos otros monumentos de esa clase que no pueden englobarse ni subordinarse a una expresión tan reducida, ya que de orígenes mucho más antiguos que el castillo —que, tal como hoy lo consideramos y como parece representarlo la palabra e idea de la «castellología», es el último llegado—, alcanzan en muchos casos una mayor importancia monumental y constructiva. Unos recintos como los de Avila, Lugo, Granada y Mansilla de las Mulas, los extensos cercos de Jerusalem, Antioquia, Constantinopla, Rodas, Famagusta o Ragusa, las murallas de Visby, Nuremberg, Carcasona y Aguas Muertas, sin contar los grandes monasterios fortificados, como los del Monte Athos, en Oriente; el monte de San Miguel, en Bretaña, y los de Veruela y Poblet, en España, son muy superiores en conjunto y particularmente a las más destacadas fortalezas, y no se ve la causa ni el motivo porque su estudio haya de ser sometido a unas designaciones que los olvidan y excluyen. Lo mismo podría decirse de otros monumentos singulares, como son los puentes, de los cuales, los de Toledo, de Cahors; el «Monnow bridge», de Monmouth, los de los Escaligeros, Faenza y Valeggio, valen tanto o más que los castillos, a los que podrían unirse los molinos, atalayas, torres de costa y fronteras, etc., que son también elementos eficientes de los sistemas fortificados. Englobar a estos monumentos, tan dispersos y representativos, y en ocasiones tan valiosos, en una palabra como la «castellología», sin tradición y sin ambiente y solamente caprichosa, sería igual, insistimos, que si por otro capricho, a alguien se le ocurriera inventar para las nobles artes de la Panoplia la palabra «espadería» o «espadología», y llamar «espaderos» o «espadólogos» a quienes las cultivan, llevados de que, como sucede con el castillo, la espada forma el exponente más sobresaliente y divulgado de toda la Armería.

Por último, existe aún otro hecho que se levanta igualmente contra tales invenciones. Nos referimos a las construcciones de la fortificación abaluartada, a la que con serio fundamento Promis, Giorgio Martini, y todos los antiguos ingenieros ita-

lianos, con el mismo Mandar, designaban con el nombre de «Arquitectura militar». Las obras abaluartadas, es decir, las fortificaciones de los siglos XVI al XVIII, son también otros admirables monumentos que si de momento han sido injustamente dejados al margen, por su constante utilización hasta nuestros días, no dejan de poseer un altísimo valor militar y constructivo que jamás debe ser olvidado. Son obras ingentes, eminentemente técnicas y muchas veces artísticas, en ocasiones, altamente representativas del esfuerzo y de la inteligencia del hombre, que en ellas puso también lo más noble y puro que tenía. Como obras del Renacimiento clásico, representan asimismo un alto significado político, pues que en ellas *renacen* efectivamente las concepciones de ese mismo orden de los pueblos de la Antigüedad. Un conjunto fortificado como el de Cartagena de Indias, los fuertes o castillos de La Habana, Figueras y Barcelona, las ciudadelas de Quebec, Pamplona, Jaca, Belgrado, Arras, Lille y Marienberg y los recintos de Badajoz y Ciudad Rodrigo, en España; Almeida, en Portugal, Saint Malo y Rocroi en Francia, Lucca, Plasencia y Urbino en Italia, Naarden y Maastricht en Holanda, y tantos otros felizmente conservados, en los que el arte y la ciencia de los grandes, ingenieros pusieron su genio, no pueden ser olvidados, y hacia ellos han de tender igualmente nuestros afanes, con el mismo tesón, respeto y admiración que actualmente dedicamos a la defensa de los monumentos medievales.

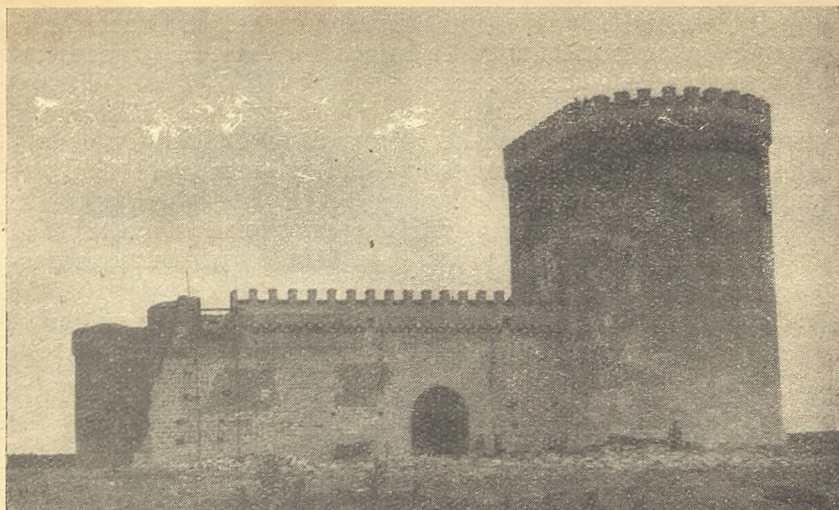
Todo este conjunto, tan rápidamente esbozado, demuestra la extensión de los profundos estudios que integra y exige la historia completa de la Fortificación. Fácilmente se comprenderá que tan vasto campo de acción no puede subordinarse ni encerrarse en los estrechos límites de la «castelología». El Arte militar es una ciencia delicada y amplia, para cuyo cultivo se requieren unos conocimientos vastos y especializados, que marchen a la par de las restantes ramas de la Historia y de la Arqueología. Y del mismo modo que éstas necesitan íntimamente de aquél, pues que, contra lo que hasta aquí se ha creído, sin él no pueden lograr obra perfecta, así el citado Arte, especialmente monumental, ha de encasillarse por fuerza dentro del contenido del Arte general, esto es, dentro de las más puras reglas de la Arquitectura, cuya cuna fue y a la que legítimamente pertenece.

La Fortificación forma, pues, una rama mayor y principal de la ciencia arquitectónica. Por ello, y hasta ahora, todos cuantos sobre la misma trataron, la designaron con el único nombre que lógicamente le correspondía, cual era el de *Arquitectura militar*. Pretender hoy borrarlo, inventando palabras nuevas

sin legitimidad y sin historia, y tratar de encerrar a tan gloriosos precedentes en los reducidos límites de una ciencia nueva, es totalmente inadmisibile y contrario a los fines que deben guiarnos, que son los de recabar, atraer y exaltar ante las grandes autoridades del Arte y de la Ciencia, la máxima atención hacia los olvidados monumentos militares, poseedores, en verdad, de unos insospechados horizontes para los estudios de las actividades humanas y uno de los mayores fundamentos de su historia.

FEDERICO BORDEJE





⊕ F.

Foto Villar.

EXCURSIONES COLECTIVAS

Castillo de Arévalo, murallas, torre y puerta del recinto de Madrigal de las Altas Torres y Palacio donde nació Isabel la Católica.

El día 14 de septiembre próximo pasado, con una temperatura casi invernal y cielo gris plomizo, se verificó la primera excursión después del verano.

Fue motivo apresurado para su organización el anuncio dado en la prensa de que el ilustre académico D. Federico García San- chiz iba a dar una conferencia en la histórica ciudad de Ma- drigal de las Altas Torres, y atendiendo la Asociación al interés que tal hecho podía ofrecer entre sus miembros, no vaciló en organizar la excursión, acoplando al mismo tiempo en tal itine- rario la visita al Castillo de Arévalo, recién reconstruído.

El Castillo de Arévalo, situado a 126 kilómetros de Madrid, es uno de los que el Ministerio de Agricultura ha destinado a silos para almacenamiento de cereales.

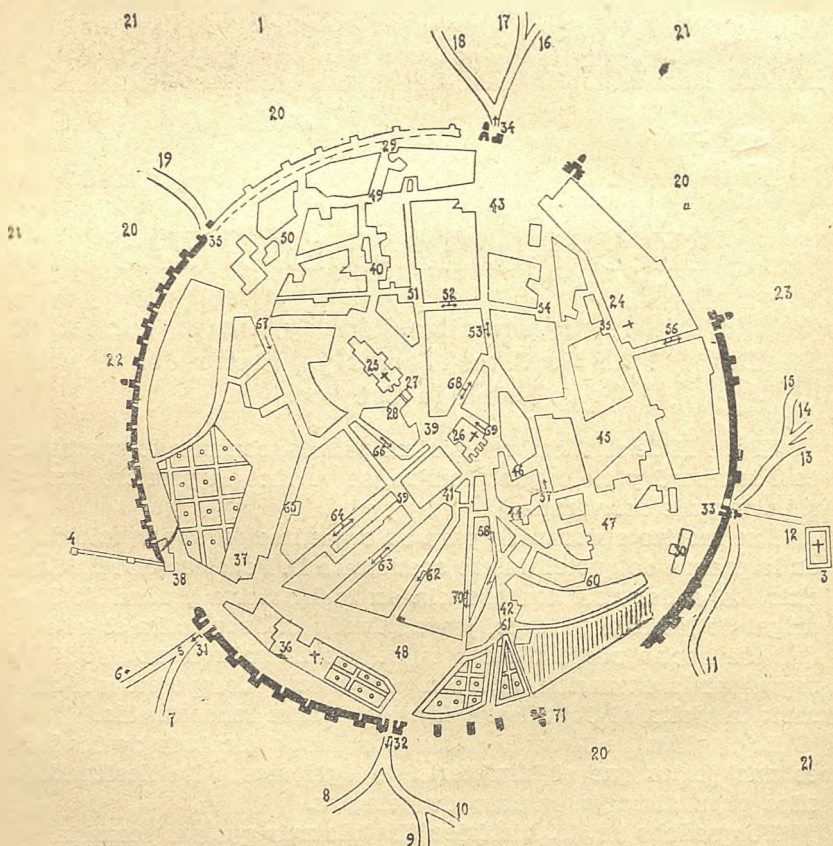
No quedaba ya del histórico Castillo más que sus formidables muros exteriores de ladrillo, con un almenado desdentado y unos fortísimos cubos en sus ángulos. La Obra Sindical del Ho-

gar ha sido la designada para su restauración y reconstrucción interior, cuya estructura se ha edificado a base de grandes cámaras para el almacenamiento de granos.

El patio—que pudiéramos llamar de armas—tiene las características del de las casonas labriegas de Castilla de los siglos XVI y XVII, y los muros que dan al mismo han sido pintados de color marrón, *casi negro* (?).

Nosotros hubiéramos sido más exigentes que la Obra Sindical lo ha sido respecto a la pureza de estilo a seguir en su reconstrucción.

Los excursionistas, en número de 36, después de visitar el Castillo, recorrieron la población, que tiene algunos edificios



Plano de Madrigal de las Altas Torres, cuyo original se conserva en el Ayuntamiento de la ciudad.

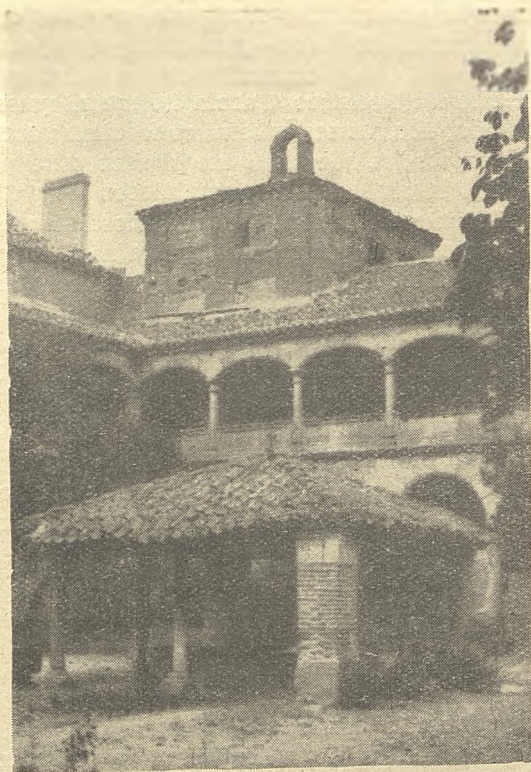
interesantes, almorzando después, para salir por la tarde a Madrigal de las Altas Torres.

MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES, CUNA DE ISABEL LA CATOLICA

A 25 kilómetros de Arévalo se encuentra Madrigal de las Altas Torres, distancia que se recorrió velozmente en un autocar modernísimo.

Madrigal ardia en fiestas, y en sus alrededores se alzaban múltiples casetones de baratijas, tiro al blanco y golosinas de todas clases.

Patio del
Palacio
del Rey
D. Juan II
cuna de
Isabel la
Católica



Fot. Villar

El Santo Cristo de las Injurias, venerado en la ciudad, era el motivo de su festividad, y la gente del lugar y gran número de forasteros de los pueblos cercanos, deambulaban por sus históricas calles, esperando la hora de la conferencia del que es nuestro admirado e ilustre «Pregonero Mayor», García Sanchiz.

Mientras esa hora llegaba, los excursionistas visitaron la población y particularmente el palacio del Rey D. Juan II, donde nació su hija Isabel la Católica.

Es característica la situación de esta histórica ciudad, emplazada en el llano inmenso de Castilla, con un recinto amurallado circular perfecto, con cuatro puertas de acceso denominadas de Peñaranda, Cantalapiedra, Medina y Arévalo, de las cuales sólo las tres últimas se conservan en pie, muy mutiladas ya, y entre las cuales, y como defensa de sus murallas, existían hasta ochenta torreones, de los cuales hoy no se conservan ni la tercera parte, en lastimoso estado y en inminente peligro de derrumbamiento, a causa de las enormes grietas que el tiempo implacablemente abrió en sus gruesos muros.

Al entrar en la plaza Real—destinada aquellos días de feria para celebrar corridas de toros—, paso obligado para entrar en el palacio de D. Juan, hoy convento de monjas Agustinas, nos encontramos con D. Federico García Sanchiz, quien, con modestia inigualada, tocada su cabeza con boina vasca, y acompañando a su esposa, se recataba del público para poder admirar a sus anchas la ciudad. Pocos momentos les acompañamos, después de saludarles cordialmente, para no distraerle en aquellos momentos, que cada piedra, le sugería motivos y conceptos líricos, que, encadenados, utilizaría después con maestría sin igual para emocionar a sus oyentes.

Hacemos omisión de la visita al palacio de D. Juan, ya que en el número 4 de nuestro BOLETÍN, página 133, el ilustre escritor, Vocal de nuestra Junta Directiva, D. Angel Dotor, con pluma más autorizada que la nuestra, hace una detallada descripción histórica del gran edificio.

El momento de la charla llega; se anuncia por los altavoces que, a causa del frío reinante, el Sr. García Sanchiz hablará en la iglesia de San Nicolás.

La iglesia está llena de público, los micrófonos están dispuestos, el silencio es absoluto, suben al altar mayor las autoridades de la provincia y de la ciudad; el Excmo. Sr. Alcalde, D. Francisco Estévez, presenta al conferenciante, y cuando termina, nuestro querido Vicepresidente, D. Valeriano Salas, le dirige un saludo afectuosísimo en nombre de nuestra Asociación.

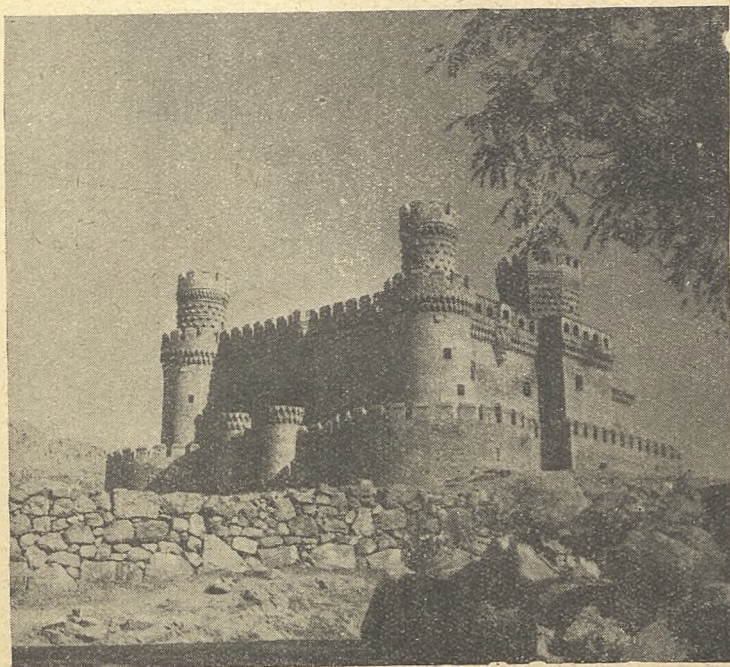
Momentos después, ante una expectación singular, la voz de García Sanchiz, con ritmo lento y palabra clara, empieza a subyugar a su auditorio.

Pero no somos nosotros los llamados a hacer mención del contenido de su charla, que no era organizada por nosotros, pues nuestra presencia obedecía únicamente a dedicar un homenaje al ilustre Académico, por la predilección que dedica a nues-

tra Asociación; sin embargo, si podemos decir que, aparte de otros bellos párrafos, dedicó, cómo no, quizá los más entusiastas y encendidos, a las puertas, torres y murallas de Madrigal, y, sobre todo, al palacio donde nació la egregia Isabel, modelo de madres y de reinas, momento en que los oyentes, olvidando el lugar sagrado en que se encontraban, aplaudieron con fervor al genio de la palabra, que sonreía lleno de emoción, a su vez, por haber llegado al alma de los que le escuchaban; tales fueron sus semblanzas, su tono y su dicción.

Terminó la charla, los comentarios admirativos fueron unánimes, las felicitaciones, efusivas, y desde allí al Ayuntamiento, acompañado el Sr. García Sanchiz por las autoridades y nuestros asociados, donde los Sres. Concejales hicieron los honores a todos y se tomó un vino de honor.

Ya casi de noche, regresamos raudos a Madrid, satisfechos de haber podido ofrecer a nuestro «Pregonero» nuestra más calurosa adhesión, y contentos, además, de haber estado en Madrigal de las Altas Torres, cuna de la Reina Isabel I de Castilla, pero al mismo tiempo llenos de sentimiento y de lástima



Castillo del Real de Manzanares (Madrid).

Foto Villar.



por la situación en que se hallan las murallas, torres y puertas de la ciudad, a las que no es posible ayudar más que para sostenerlas, pues su reconstrucción total supondría el gasto de una suma cuantiosa. Sin embargo, la Dirección de Bellas Artes, cuyo celo en la conservación de nuestros históricos monumentos es inigualable, ya ha concedido una primera subvención para empezar a consolidar aquellas ruinas históricas, llenas también de tradiciones y leyendas.

* * *

EXCURSION AL CASTILLO DEL REAL DE MANZANARES, MONASTERIO DE EL PAULAR Y BUITRAGO

Días después de la excursión anterior, se organizó la segunda del otoño, en la que para completar el circuito se añadió la visita al Monasterio de El Paular, de sumo interés para la ma-



Patio del Claustro del Monasterio del Paular.

Foto Villar.

yoría de los excursionistas, por cierto en número bastante mayor que en las anteriores excursiones, pues se ocuparon dos grandes autocares magníficos de treinta plazas.

El itinerario fue: Salida de Madrid a las nueve de la mañana, llegando a las diez y cuarto al Real de Manzanares, cuyo Castillo se destaca, noble y señorial, delante de la Pedriza del macizo de Guadarrama, declarado «Sitio de interés nacional».

El conjunto exterior del Castillo está totalmente restaurado, obra que se realizó el año 1915 por el arquitecto D. Vicente Lampérez, dirigida por su propietario, el Duque del Infantado, recientemente fallecido.

Por circunstancias que no es del caso enumerar ahora, la restauración del interior del Castillo quedó a medio hacer, ofreciendo hoy un aspecto triste y desolador.

La historia de este Castillo puede estudiarla el lector en el número 1 de nuestro BOLETÍN social, en el cual nuestro Bibliotecario, D. Federico Bordejé, comenzó a publicar las referencias de los Castillos de la provincia de Madrid, y en su página 35 explica los errores que se han cometido al asignar al actual Castillo algunos hechos sucedidos en el primitivo, cuyas ruinas existen aún perfectamente visibles al lado de la carretera.

Muchas, muchísimas fotografías hicieron los excursionistas, pues, sin duda alguna, la belleza de aquellas piedras centenarias es en extremo atractiva y evocadora.

* * *

EL MONASTERIO DEL PAULAR

Desde el Real de Manzanares, a las doce, se dirigieron los excursionistas al Monasterio del Paular, pasando por Miraflores de la Sierra hasta el puerto de la Morcuera, camino empinado y tortuoso que obliga a aminorar la marcha, dedicándose más tiempo a admirar la belleza agreste del paisaje de la Sierra.

Desde el puerto de la Morcuera hasta El Paular, pendiente abajo, se tarda muy poco, entrando en el camino de Rascafría, que recuerda las antiguas carreteras españolas, que al paso de carros, carretas y coches, iban dejando un rastro de polvo que tardaba en desvanecerse mucho tiempo. Con este motivo, aprovechamos la ocasión para solicitar de nuestro ilustre miembro honorario el Excmo. Sr. Conde de Vallengano, Ministro de Obras Públicas, la restauración de este pequeño ramal desde la carretera de Madrid a Burgos hasta El Paular, lugar de enorme tránsito turístico veraniego.

A la llegada al Monasterio del Paular—una de la tarde—, nos enteramos, con extrañeza, de que el nuevo Parador de Turismo allí instalado recientemente se había cerrado al hacerse cargo los frailes Franciscanos del Monasterio y comenzar su vida religiosa, tantos años suspendida en aquel histórico edificio.

No nos explicamos el hecho, por cuanto el edificio del Parador estaba fuera del ámbito monacal, lejos de sus celdas y, por lo tanto, compatible con sus reglas.

Uno de los frailes, ancianito, sirvió de *cicerone* a los viajeros, explicando humilde y cordialmente la historia del Monasterio, citando nombres de los célebres artistas que realizaron las variadas obras de arte que allí existen, tanto en tallas, como en cerajería artística, etc.

La situación del Monasterio es admirable, pues está en el corazón del valle del Lozoya y término de Rascafría y al pie de una de las vertientes de Peñalara.

Durante los siglos XIII, XIV y XV fue El Paular lugar de retiro espiritual, recreo y caza de los Monarcas castellanos.

En el siglo XV se trocó en retiro de penitencia, y como dice Carlos Sáinz de Robles en su libro *Monasterios de España*, «la humildad uniforme cartuja substituyó a la cortesana pompa policromada» (1).

Fue Enrique II de Trastámara quien encomendó a su hijo Juan I la edificación de un monasterio para Cartujos, y después de muchas dilaciones, escogió el lugar de El Paular para cumplir tal mandato.

La visita al Monasterio fue fugaz, porque la hora del almuerzo apremiaba y era preciso recorrer aún los kilómetros que separan El Paular de Buitrago.

* * *

CASTILLO Y RECINTO AMURALLADO DE BUITRAGO

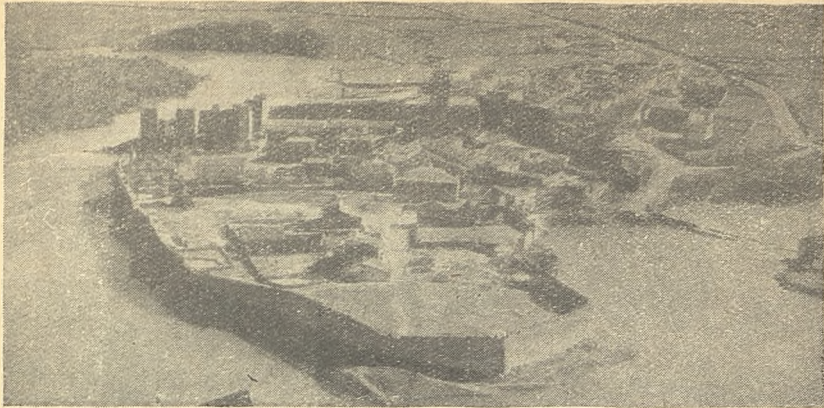
Llegados los expedicionarios a Buitrago, a las dos y media, se almorzó espléndidamente, en un nuevo restaurante construido al lado de la carretera y fuera de la ciudad.

A las cuatro, comenzó la visita a Buitrago, dividiéndose en grupos los excursionistas.

El Castillo ofrece un triste aspecto: las torres y muros que lo constituyen están en ruinas, habiéndose construido dentro de él una plaza de toros.

Sin duda alguna, el Alcalde de Buitrago desconoce el Decreto

(1) Véase *Monasterios de España*, páginas 45, 46 y 47.



Castillo y recinto amurallado de Buitrago.

Foto aérea Luis Fillol.

publicado el 22 de abril de 1949 por el Ministerio de Educación Nacional, firmado por nuestro invicto Caudillo el General Franco, en el que dice que los Ayuntamientos en cuyo término municipal se conserven estos edificios son responsables de todo daño que pudiera sobrevenirles, y después de esa fecha, en la actualidad se están construyendo varios grandes edificios apoyados en las propias murallas del recinto, contribuyendo así al desastroso aspecto que ya ofrecen sus históricas ruinas.

El recinto amurallado de la antigua fortaleza se conserva completo en extensión, pero muy mutilado en su almenado, y si bien la restauración del Castillo puede costar muchísimo dinero, no ocurre lo mismo con sus defensas.

Queremos recordar que la Dirección del Canal de Isabel II tenía, hace ya veinticinco años, un proyecto de restauración de tal recinto, realizando dentro de él unos jardines extensos, ya que entonces sólo unas pequeñas casitas—tres o cuatro—existían, número que en esta última visita hemos visto va aumentando, a la par que lo que constituían verdaderos edificios de rancia historia y mérito artístico indiscutible, al lado del Castillo, van desapareciendo, como ha sucedido con el célebre Hospital de los Mendoza, del que no queda ni rastro.

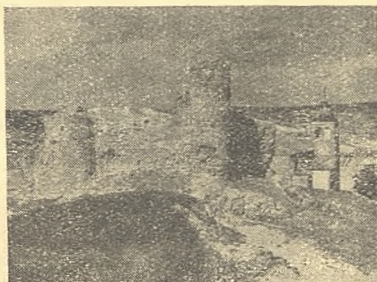
La historia del Castillo de Buitrago puede estudiarla el lector en el número 1 de nuestro BOLETÍN, páginas 37 y siguientes.

Con esta excursión terminan las visitas del otoño, teniendo preparados ya varios circuitos para la primavera próxima.



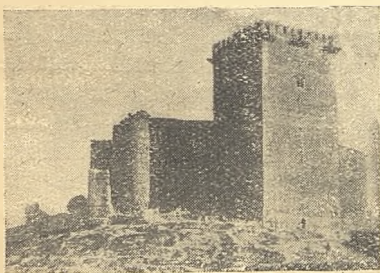
NOTICIAS

Castillo de Cogolludo (Guadalajara).
Foto Valeriano Herrera.



CASTILLO DE COGOLLUDO

Don Valeriano Herrera Rodríguez nos ha enviado tres magníficas fotografías del Castillo de Cogolludo (Guadalajara) y nos anuncia nuevos envíos, que le agradecemos infinito. Sus reproducciones son dignas de presentarse en una exposición. Lo que tendremos en cuenta para cuando llegue el caso.



Castillo de Moratalla (Murcia).

Don Jesús Martínez Pastor nos envía diez fotografías del Castillo de Moratalla (Murcia) y, con ellas, una relación detallada de las particularidades que ofrece el Castillo en cada una. Al mismo tiempo, nos denuncia algunos hechos, que hemos transmitido a la Dirección General de Bellas Artes, y cuya resolución esperamos saber próximamente.



CASTILLO DE ANTEQUERA

Doña Fuensanta G. Gutiérrez de los Ríos, de Antequera, nos envía también 10 preciosas fotografías del Castillo de aquella ciudad, anunciándonos otra nueva expedición de ampliaciones fotográficas, que esperamos próximamente.

Reiteramos a nuestros entusiastas colaboradores nuestro agradecimiento por sus interesantes informaciones.

REPORTAJES DE PRENSA

En casi todos los periódicos de provincias, y en los de Madrid, se ha publicado una noticia con este titular: «Las históricas fortalezas de Turégano y Pioz se venden, desde hace meses, por 300.000 pesetas, y aunque cuestan la mitad que un buen coche, nadie se ha ofrecido todavía como comprador.»

La noticia ha sido comentada en todas partes con sorpresa; pero, felizmente, fue rectificada inmediatamente por el Obispado de Segovia. La rectificación corresponde a lo del Castillo de Turégano; respecto al de Pioz, no se dice nada; pero esperamos también su rectificación.

En el diario *El Pensamiento Navarro*, de Pamplona, de 30 de agosto de 1953, y firmado por M. V. C., se inserta un artículo, titulado «Castillos medievales en Lumbier», del que hemos obtenido noticias de mucho interés para nuestros archivos.

Lumbier es una villa del Valle de Aibar, merindad de Sangüesa, inmediata a la confluencia de los ríos Salazar e Irati, citada por Plinio como capital de los Ilumbertitanos. Hacemos gestiones para obtener más noticias sobre los castillos de esta región.

En la revista *Destino*, de Barcelona (27-XI-54), se ha publicado una extensa información, de don Joaquín Folch y Torres, sobre el Castillo de Perelada, de cuyo Castillo-Palacio y Monasterio esperamos poder dar muy pronto amplias noticias, por considerarlo como uno de los mejores de Cataluña, no sólo por su importancia histórica, sino también por el caudal que atesora en su museo y biblioteca, ambas cosas llevadas a cabo por su propietario, don Miguel Mateu, después de su restauración. Más de treinta y cinco mil volúmenes contiene la biblioteca, entre ellos, más de cien incunables, códices miniados y manuscritos góticos, aparte de otros libros raros y curiosos.

El Castillo está situado cerca de la frontera hispanofrancesa del Rosellón, y es, como dice el señor Folch, «testimonio de la cultura de Cataluña en el pasado y en el presente».

Alhajados sus galerías y grandes salones con multitud de objetos antiguos, constituye su artística agrupación un museo inestimable, cuya enumeración necesitaría muchas páginas de nuestro BOLETÍN.

El Sr. Folch termina así su interesantísima información: «Sobre esta tierra ampurdanesa de «mansos» y cultivos, cosechas y afanes, donde la mano del hombre no dejó un palmo improductivo, esta «finca» dedicada a las puras cosas del espíritu desmiente por todo y con todo lo que cuesta y vale aquella etiqueta de «L'avara povertá di Catalogna», que el Dante nos colgó a la espalda.»

* * *

El diario *Excelsior*, de la ciudad de México, enviado por nuestro asociado correspondiente D. Tomás G. Perrín, publica un artículo firmado por Lauro E. Rosell, que titula «El Castillo de San Diego», en Acapulco, y en él se da cuenta de la resolución adoptada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia para restaurar tan histórico monumento, instalando en él un importante museo regional.

Acapulco fue en la época virreinal el puerto principal y mejor del litoral del Pacífico, y su bahía es reputada como la segunda del mundo.

Nos hemos puesto en relación con dicho Instituto, para obtener una información detallada, planos y fotografías del Castillo de San Diego.

* * *

Asimismo, el diario *La Nueva España*, de Oviedo (5-VIII-54), reproduce una noticia de La Habana en la que hace referencia

de que en la VII Convención Nacional de Turismo, celebrada en Santiago de Cuba, se ha acordado solicitar de los Poderes públicos la restauración de las antiguas fortalezas españolas, que constituyen un motivo de atracción de forasteros, y añade que fueron especialmente mencionados el Castillo del Morro, de Santiago de Cuba, y el Castillo de Jagua, en la bahía de Cienfuegos, cuyas restauraciones estarán a cargo de arquitectos expertos.

Estas dos últimas noticias relativas a la América española demuestran que nuestra labor ha trascendido ya a aquellas tierras y que se secundan nuestras iniciativas con entusiasmo digno del mayor elogio.

PROYECTO DE OBRAS EN EL CASTILLO DE MOLINA DE ARAGON

En el *Boletín Oficial del Estado* del 27 de abril de 1954, páginas 2.748 y 2.749, se lee:

«Orden de 26 de octubre de 1953 por la que se aprueba un proyecto de obra en el Castillo de Molina de Aragón (Guadalajara), importante 32.291,83 pesetas.

Ilmo. Sr.: Visto el proyecto de obras de conservación en el Castillo de Molina de Aragón (Guadalajara), formulado por los arquitectos D. José María Rodríguez Cano y D. José Manuel González Valcárcel, importante 32.291,83 pesetas;

Resultando que el proyecto se propone consolidar los torreones, restaurando lienzos y almenas, etc.;

Resultando que el proyecto asciende en su total importe a la cantidad de pesetas 32.291,83, de las que corresponden a ejecución material 24.008,80 pesetas; a honorarios facultativos por formación de proyecto y dirección de obra con arreglo a lo dispuesto en los Decretos de la Presidencia del Consejo de señores Ministros de 16 de octubre de 1942, 26 de enero de 1944 y de Orden de este Ministerio de 9 de febrero del citado año 1944, pesetas 600,22 a cada uno de dichos conceptos; a honorarios de aparejador, igualmente afectados por las disposiciones aludidas, 360,13 pesetas; a premio de pagaduría, 120,04 pesetas; a plus de cargas familiares, 1.200,44 pesetas, y a plus de carestía de vida, 5.401,98 pesetas;

Considerando que en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 25 del Real Decreto de 4 de septiembre de 1908, el proyecto de que se trata pasó a informe de la Junta Facultativa

de Construcciones Civiles, quien lo emite en sentido favorable a su aprobación, y que en igual sentido favorable lo informa la Comisaría del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, quien asimismo manifiesta que al redactar el proyecto se han tenido en cuenta los medios auxiliares de que el citado Servicio dispone para la ejecución de las obras y obtenido una economía superior al 20 por 100 del presupuesto;

Considerando que las obras de que se trata se hallan comprendidas en la circunstancia segunda del artículo 58 del capítulo V de la vigente Ley de Administración y Contabilidad, por lo que deberán ser realizadas por el sistema de administración;

Considerando que la Sección de Contabilidad y Presupuestos del Departamento tomó razón del gasto en 6 de los corrientes, y que éste ha sido fiscalizado favorablemente por el Delegado en este Departamento de la Intervención General de la Administración del Estado en 21 siguiente,

Este Ministerio ha resuelto aprobar el proyecto de referencia; que las obras en él comprendidas se realicen por el sistema de administración, debiendo librarse la cantidad de 32.291,83 pesetas, importe del presupuesto, en concepto de «a justificar», con cargo al crédito consignado en el capítulo III, artículo 4.º, grupo 7.º, concepto 14, subconcepto 8.º, «Castillos Españoles», del vigente presupuesto de gastos de este Departamento.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.—Dios guarde a V. I. muchos años.—Madrid, 26 de octubre de 1953.—*Ruiz-Giménez*.—Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.»

AVISO

A LOS SEÑORES ASOCIADOS

Se ruega a los señores asociados que no nos han remitido las dos fotografías para el carnet de identidad, lo hagan a la mayor brevedad posible, para podérselo enviar debidamente cumplimentado.

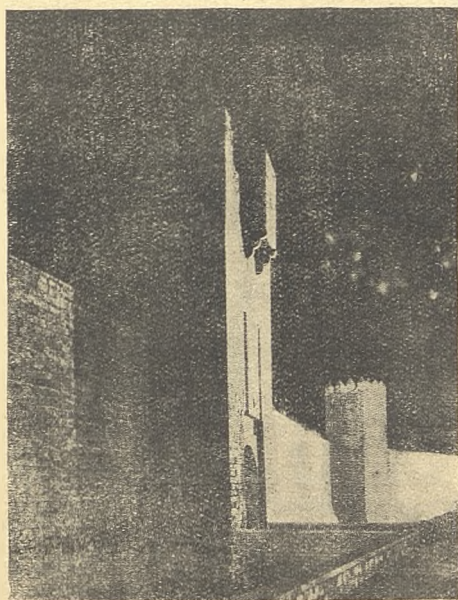
Dicho carnet de cartulina es gratuito. Para los señores asociados que lo deseen, tenemos carteritas de piel corinto, para el carnet, con celuloide y tarjetero, y en la portada, la insignia social en oro, al precio de 25 pesetas [incluidos gastos de envío].

BIBLIOGRAFIA

San Jorge. «Evocación de la Barcelona dieciochesca». Revista de la Excm. Diputación Provincial de Barcelona. Número 13.

Entre las ya copiosas revistas ilustradas de primer orden que en el acervo español de las Artes Gráficas florecen con aroma peculiar propio y estética estructura confeccional, se halla *San Jorge*, que dedica sus bellas páginas a la actualidad catalana. Guillermo Diaz-Plaja es su ilustre Director, y la Excm. Diputación Provincial de Barcelona, su editora.

Foto
Archivo
Revista
«San Jorge»
Excm.
Diputación
Provincial
de
Barcelona.



Murallas de Barcelona.

El número 13, de enero del año pasado, contiene dos importantes artículos: el primero, de su Director, titulado «Evocación de la Barcelona dieciochesca», y el segundo, de José Maria Vilardaga Pujol, sobre «Los Castillos medievales de Cataluña».

Guillermo Diaz-Plaja, en su escrito, hace mención, entre otras cosas, del edificio de las Atarazanas, y nos dice: «... su restauración progresa sin prisa y sin pausa. Un día fue el descombro de

la vieja Maestranza; otro, el ahondar en las gradas donde se anclaron las galeras del seiscientos; luego fue la instalación del admirable y delicioso Museo Marítimo»; y continúa: «Vamos a legar a los que vivan después de nosotros una pieza única, despojada de la lepra del tiempo.» Nos habla después de las obras de restauración del recinto amurallado y dice con orgullo legítimo: «¡Ya puede ofrecer Barcelona un hermoso lienzo de murallas almenado y torreado digno de su categoría; el viejo aspecto de tapia deja paso al noble aspecto de fortaleza!» Invita a ver de noche las murallas restauradas y reproduce una fotografía tan sugestiva y evocadora, tan llena de grandeza, que retrocede irremisiblemente el pensamiento a aquellos tiempos lejanos de historia, tradiciones y leyendas, y al final añade: «El barcelonés siente el estremecimiento histórico de este tremendo ademán de piedra que se alza de nuevo con toda su soberbia belleza.»

Barcelona, en su barrio gótico, ha sido la precursora de las más audaces restauraciones arqueológicas, y las ha realizado con tal celo y dignidad, que constituyen ejemplos a seguir.

Del escrito de Díaz-Plaja trasciende a raudales el cariño a las viejas piedras y su patriótico anhelo de salvar del olvido restos de tanto valor. Que así sea.

* * *

«Castillos Medievales». *San Jorge*, revista de la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona, pág. 115.

El artículo de José M.^a Villardaga se refiere, en general, a los Castillos de Cataluña; su origen, los Castillos feudales, su régimen y su decadencia y fin. Como colofón, escribe su elegía, en la que hace ver que por ley biológica de general aplicación, tanto los seres vivos como las Corporaciones y las instituciones, cuando han cumplido su misión, desaparecen, y los Castillos no han podido sustraerse a semejante ley.

Con pluma ágil y estilo diáfano, escribe unos sentidos comentarios, avalorados con las ilustraciones magníficas de los Castillos de Montoliu (Arbucias), Farfanya, Monterey (Bajo Ampurdán), Moncada, Santa María de Miralles y Farnés, que magistralmente impresos coadyuvan al conjunto editorial que enaltece a la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona.

De nuevo, en el número 14 de dicha revista (pág. 58) se reproduce otro artículo, también de José M.^a Villadarga, desarrollando el tema de «El tributo de las cien doncellas», ilustrado con grabados interesantísimos de la época.

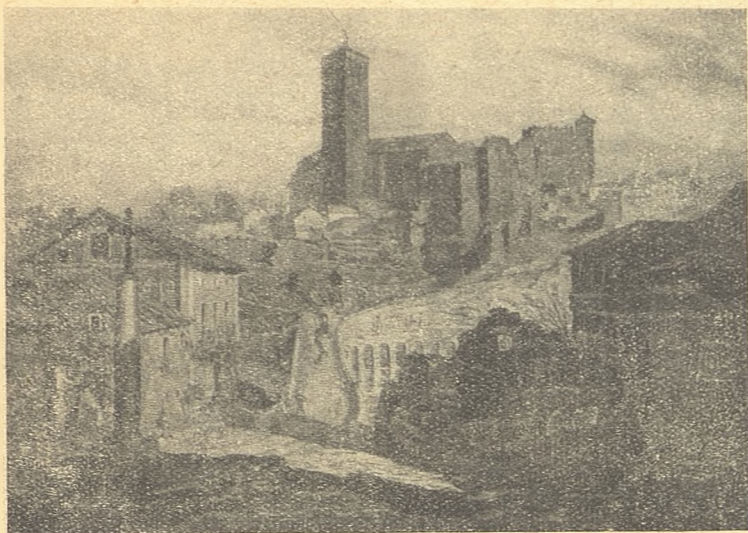


Pintura alegórica relativa a la leyenda del «Librito de las cien doncellas».

Foto archivo revista «San Jorge»,
de la Excm. Diputación Provin-
cial de Barcelona.

Aquella leyenda está extendida por toda la parte norte de la provincia de Barcelona, en cuya narración el Castillo de los Pinos, en Bagá, figura como escenario de sus imaginarios hechos.

La impresión, como en el número 13, es un alarde tipográfico que avalora el contenido literario de la legendaria narración.



Murallas y Castillo de Buitrago,

Acuarela de Carlos Moreno.

Trenes. Revista de la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles.—Madrid, número 56, año 1954.

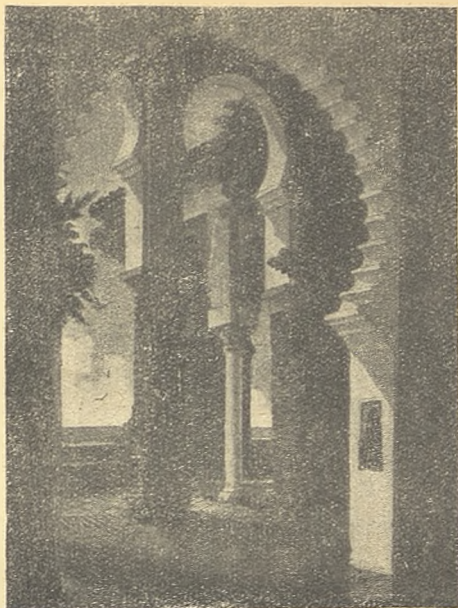
El número 56 de la revista *Trenes* está dedicado íntegramente a los Castillos españoles.

Su Director, Juan López de Chicheri, tuvo la gentileza de ofrecer sus páginas a los más ilustres miembros de nuestra Asociación, y la publicación de sus colaboraciones, con hermosos dibujos y bellísimas fotografías, constituye el más valioso exponente de la altura a que han llegado las Artes Gráficas españolas.

El sumario de tan artístico ejemplar es el siguiente:

Portada: Castillo de Villaviciosa de Odón, foto de José Loygorri.—Editorial, por Juan L. Chicheri.—«Los Amigos de los Castillos», por el Marqués de Sales.—«Sobre el estado actual de los Castillos españoles», por Angel Dotor.—«Castillos de España», poesía por el Marqués de Quintana.—«Grandeza de nuestros Castillos», por Federico Bordejé.—«Castillos árabes en España», por Francisco Hueso Rolland.—«El Castillo de Tarifa y el Alcázar de Toledo», por Antonio Prast.—«Castillos de Guadalupe»

Una de las
bellas
perspectivas
de la
Alcazaba
de Málaga.



Acuarela
de Antonio
Prast.

ra», por José Sanz y Díaz.—«Castillos de Madrid», por Mariano Rodríguez de Rivas.—«Fortalezas españolas en Italia», por Valeriano Salas.—«Castillos en la zona del Protectorado», por Eduardo Maldonado.—«El Castillo que no existe», por Alfredo Marquerié.—«Escenas medievales», por Carlos Alcanaz.—«Málaga a través de sus piedras romanizadas», por Juan Tello y Riote. *Ilustraciones en color*: Acuarelas de Enrique Braña, Carlos Moreno Graziani y Antonio Prast.

Con tan ilustres colaboradores, puede juzgar el lector el interés que la citada revista ofrece, ya que nosotros no nos atrevemos a emitir ningún comentario, por ser todos de casa.

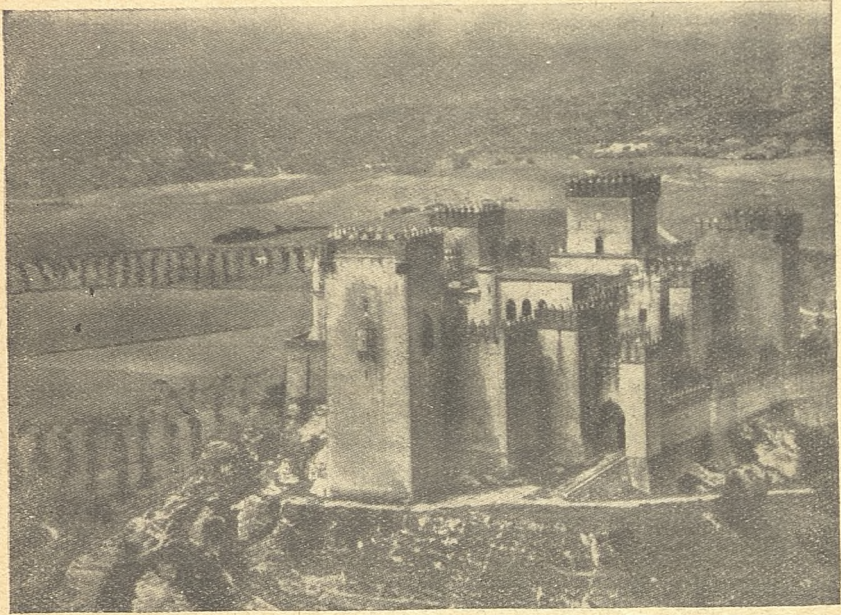
El ejemplar constituye un modelo acabadísimo de composición tipográfica, en la que su ilustre Director, D. José López Chicheri, es un verdadero maestro.

La revista *Trenes* honra también a las Artes Gráficas españolas.

Mundo Hispánico.—Revista ilustrada, número 78.—Madrid.

En su número 78, la revista *Mundo Hispánico*, de Madrid, dirigida por Alfredo Sánchez Bella, contribuye a saturar el am-

biente que hoy respira la Prensa española, dedicando una muy extensa información que, con el título «España rehace sus Castillos», escribe con autorizada pluma D. Luis S. de Candamo.



Castillo árabe de Almodóvar del Río (Córdoba).

Foto «Mundo Hispánico».

Las ilustraciones, escogidas con singular acierto, avaloran el interés de sus informaciones, y como las anteriores revistas—*San Jorge y Trenes*—, constituye la más fehaciente demostración de la importancia que el periodismo español dedica a tema tan sugestivo y evocador como es el de los Castillos y fortalezas, cuyas piedras gloriosas nuestra Asociación trata de rescatar al olvido.

* * *

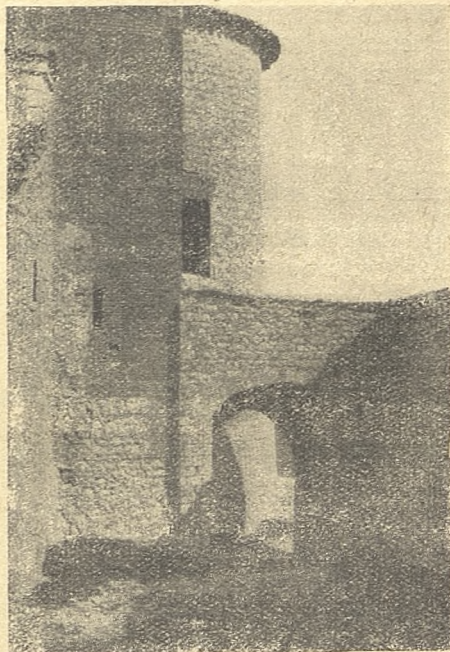
Luna y Sol. Revista de Madrid, número 126. Octubre de 1954.

Don Fernando de Velasco, Director de la revista *Luna y Sol*, una de las más acreditadas del periodismo español, dedica una extensa información, firmada por don Diego Quiroga, Marqués de Santa María del Villar, ilustrada con fotografías que, siendo suyas también, no es preciso elogiar, ya que la belleza a que nos tiene acostumbrados su autor es proverbial.

Titula su artículo «Castillos y fortalezas», y en él elogia a nuestra Asociación por el desarrollo de sus acertadas iniciativas. Hace mención también del Decreto del Ministerio de Educación Nacional en defensa de los Castillos y fortalezas y aboga por la creación de circuitos de turismo dedicados a tal fin, que constituyan una de las ramas de más atracción para los extranjeros que nos visitan.

Castillo
de Santorcaz.
(Madrid.)

Prisión



Hace un recorrido ideal de algunos de los Castillos de las provincias de Madrid, Segovia y Avila, con referencias históricas y detalles de comunicación por carretera, que avaloran su trabajo, lleno de interés.

La A. E. A. C. celebraría contar con su colaboración artística y literaria.

La revista *Luna y Sol*, editada con exquisito gusto, es un eslabón más de la cadena del periodismo español, y nuestra Asociación se enorgullece de que en sus páginas se escriban elogios tan sinceros para ella, pues le sirven de emulación para continuar con fe y patriotismo la labor que tiene comenzada.

A. P.

¡ATENCIÓN!

A LOS SEÑORES ASOCIADOS DE LA A. E. A. C.

Constituidas las Comisiones de la Junta Directiva, para el desarrollo y publicación del Boletín social y de la organización de Excursiones colectivas, resta sólo obtener de los señores asociados que no lo han hecho todavía su inclusión en las Secciones de Materias que más les agrade, para llevar a cabo la constitución correspondiente de sus Comisiones, tanto en Madrid como en las Secciones provinciales.

• • •

La denominación de las Secciones es la siguiente:

- a) Arquitectura.
- b) Pintura.
- c) Topografía y Cinematografía.
- d) Literatura e Historia.
- e) Bibliografía y Archivos.
- f) Divulgación cultural.
- g) Geografía e Itinerarios.
- h) Relaciones con el extranjero.



Galerías

Preciados

Madrid

*Boletín de la Asociación Española
de Amigos de los Castillos*

Oficina: Calle del Carmen, 12, 2º dcha. - Teléf. 21 94 91

Horas: De 5 a 9

Precios de suscripción

Un año. 40 ptas.

Número suelto. 10 »



LA PLUMA
DE
José María Sánchez Silva

LA CAMARA
DE
Enrique Guerner

LA TRAZA
DE
Antonio Simont

LA MUSICA
DE
Pablo Sorozábal

LA INTERPRETACION
DE

**Rafael Rivelles - Antonio Vico - Fernando Rey - Juan Calvo
José Nieto - Adriano Domínguez - Mariano Azaña - José Marco Davó
Juan José Menéndez - Joaquín Roa - Carmen Carbonell y Pablito**

LA DIRECCION
DE
Ladislao Vajda

FORJAN LA SUPERPRODUCCION⁴ CHAMARTIN

MARCELINO PAN Y VINO

UN POEMA LLENO DE ESPIRITU Y POESIA



BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital desembolsado . . . 425.000.000 Ptas.
Reservas 575.000.000 Ptas.
TOTAL . . . 1.000.000.000 Ptas.

CASA CENTRAL Y DEPARTAMENTO EXTRANJERO
Plaza de Canalejas, núm. 1

SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, núm. 68	Lagasca, núm. 40
Atocha, núm. 55	Legazpi (Gta. Bta, M. ^{ra} Ana Jesús, 12)
Av. José Antonio, n.º 10	Mantuano, núm. 4
Av. José Antonio, n.º 50	Mayor, núm. 30
Bravo Murillo, 300	P. ^{za} Emperador Carlos V, 5
Conde de Peñalver, 49	Pte. Vallecas (Avda. Albufera, 20)
Duque de Alba, 15	Rodríguez San Pedro, 66
Eloy Gonzalo, n.º 19	Sagasta, núm. 30
Fuencarral, n.º 76	San Bernardo, 35
J. García Morato, 158 y 160	Serrano, núm. 64

Aprobado por la Dirección Gral. de Banca y Bolsa con el n.º 1.468



IMP COBARO - PALMA. 11 - TEL. 229595 - MADRID